

Globethics Repository



La mayordomía de la creación [The stewardship of Creation]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Padilla, C. René
Publisher	Kairos
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-13 11:20:34
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/202757



La mayordomía de la creación

C. René Padilla

En América Latina todavía son pocos los cristianos que han tomado conciencia de los grandes problemas ecológicos que actualmente amenazan la supervivencia de la raza humana. Lo que es peor, son menos los que estarían siquiera dispuestos a admitir que dichos problemas les competen y demandan un lugar de prioridad en la agenda de las tareas de la Iglesia. Mientras tanto, el deterioro del medio ambiente aumenta exponencialmente.

La actitud general de nuestros gobiernos hacia la cuestión ambiental tiene su propia lógica. Según ésta, en medio de la crisis económica que asedia a los países latinoamericanos no tiene ningún sentido invertir dinero en programas de preservación de la naturaleza: hay que invertirlo en actividades productivas orientadas al desarrollo económico. Si bien los recursos naturales son finitos --y el reconocimiento de esto es algo que recién ahora comienza a formar parte de la conciencia humana--, las necesidades del momento son más urgentes que su conservación. ¡Ya llegará el momento de ocuparse de la naturaleza!

Para empeorar la situación, las urgencias económicas de los países pobres se confabulan con los intereses económicos de los países ricos, especialmente de los Estados Unidos, para poner de lado las exigencias de la ecología. Abundan los ejemplos para demostrar que el actual abuso de los recursos naturales de los países pobres se debe en gran medida a las reglas de juego del comercio internacional y del moderno tributo que éstos tienen que pagar a los países ricos: la deuda externa.

El punto de partida para la acción cristiana frente a los problemas ambientales es el redescubrimiento del concepto bíblico de la mayordomía de la creación: el hombre, que fue hecho “del polvo de la tierra” --como *parte de la creación*--, es portador de la “imagen de Dios” --está llamado a ejercer *dominio sobre la creación* bajo la soberanía del Creador.

La solidaridad con la creación a la vez que el señorío responsable sobre ella son los dos aspectos inseparables de la vocación que Dios dio al hombre en el planeta Tierra.

La antropología que este concepto presupone fue distorsionada en la cultura occidental debido al énfasis unilateral en el dominio del hombre sobre la creación. Especialmente en la era moderna, las sorprendentes conquistas de la ciencia y la tecnología nos llevaron a pensar que éramos dueños y señores, no simples mayordomos. Nos erigimos en dioses y,

olvidándonos del Dios vivo y verdadero, también olvidamos nuestra solidaridad con todo lo que él había creado. De mayordomos de la creación nos convertimos en sus depredadores. El aire y el agua y la tierra se contaminaron; las plantas, los animales y los seres humanos quedaron bajo el signo de la muerte por la destrucción del ecosistema.

Durante las tres últimas décadas ha ido creciendo paulatinamente un “movimiento ambiental” que explica esa destrucción como el resultado concreto de la noción bíblica del dominio del hombre sobre la naturaleza, que forma parte del cristianismo. Su tesis fundamental es que la presente crisis ecológica sólo podrá corregirse cuando se reconozca que todos los seres

vivos --las plantas, los animales y la humanidad-- están en un plano de igualdad. Tal igualdad es “biocéntrica”: significa que todas las formas de vida humana o no humana tienen un valor intrínseco, un valor que no depende de su utilidad definida desde una perspectiva “antropocéntrica”. Sobre la base de esta premisa, el filósofo noruego Arne Naess, uno de los fundadores de la llamada “ecología profunda”, critica a quienes luchan por la protección del ecosistema pero mantienen la distinción entre el mundo humano y el no humano. Según él, este es un acercamiento ecológico superficial, totalmente insuficiente para hacer frente a los desafíos que plantea la situación actual. Para el movimiento de la ecología profunda, la lucha por la igualdad en el plano social tiene que ampliarse para incluir a los miembros no humanos del ecosistema. En otras palabras, la lucha social, orientada a la igualdad de los seres humanos, tiene que convertirse en una lucha eco-humana, orientada a la igualdad de todas las formas de vida.

En palabras de Albert Bergesen, “los esquemas que no incluyen en sus planes de redención última a las formas no humanas de vida son por definición menos que totales, y por lo tanto se basan en una moralidad menos que última.”

El problema con este acercamiento es que, para corregir las consecuencias del énfasis unilateral en el dominio de la raza humana sobre todos los seres vivos, propone un énfasis unilateral en la solidaridad de la raza humana con toda la naturaleza. Un error no se corrige con otro. Además, de nada sirve que nos sintamos *parte de la naturaleza*, en un plano de igualdad con las plantas y los animales, si en efecto las ineludibles condiciones de la vida humana --incluyendo la tan pedestre necesidad de comer para vivir-- nos obligan a ejercer concretamente nuestro dominio sobre la naturaleza, a pesar de las consecuencias que ese dominio tenga para las plantas y los animales. Dios nos hizo a su imagen y nos dio plantas y animales “para comer” (ver Gn. 1.26-30). “Y fue así” (v. 30), y sigue siendo así, lo que significa que el dominio humano sobre la naturaleza es una suerte de “ley natural” de la cual la humanidad no puede exonerarse en nombre de una “ecología profunda” ni en ningún otro nombre.

La crisis ecológica no tiene solución por la vía de la negación del señorío del hombre en el planeta Tierra. El “biocentrismo” del movimiento ecológico no cristiano, vinculado con el monismo y el panteísmo de Oriente, no hace justicia a la realidad concreta. La solución de la crisis está en una recuperación de la visión bíblica de la mayordomía de la creación, que relaciona el dominio humano con la solidaridad de todas las formas de vida --incluyendo la humana-- entre sí y coloca ese dominio en el contexto de la soberanía universal del Dios que permea y a la vez trasciende su creación.

Fundación Kairós ...al Servicio del Reino de Dios y su Justicia